

y asesinatos, en espectros y sombras que por doquier me siguen... ¡ah! esa es *la vida de un rey*.

Gualtero conoció que no podía sin indiscreción insistir mas tiempo; tomó en consecuencia el permiso de Eduardo, que ordenó á sus dos pajes le acompañaran alumbrándole.

III

REVELACION

Eduardo siguió con la vista al jóven caballero que se alejaba, seguido de los criados, cuando la luz hubo desaparecido á los ojos del rey, este dió un suspiro, pasó la mano por su frente para limpiarse el sudor, abrió la puerta y entró en el interior de la cámara.

En ella habia dos guardias y en medio de estos un hombre. Eduardo se fué derecho á él, miró con una especie de terror su figura pálida, que parecia aun mas á la luz de la sola lámpara que, puesta sobre una mesa, alumbraba aquel cuarto, y dirigiéndole la palabra con voz baja y casi temblorosa le dijo:

— ¿Sois el caballero de Maltravers?

— Sí, monseñor, respondió el prisionero; ¿no me reconocéis?

— Sí, yo me acuerdo haberos visto una ó dos veces entrar en casa de mi madre durante nuestro

viaje á Francia. ¡Hola! añadió dirigiéndose á los dos guardias, dejadme solo con este hombre.

Los dos guardias se retiraron. Cuando salieron, Eduardo fijó aun algunas miradas sobre el jóven llenas de curiosidad y de estremecimiento; pero en fin, dejándose caer sobre un sitial, le dijo:

— ¿Sois vos pues el que ha asesinado á mi padre?

— Vos me habeis prometido salvarme la vida, dijo el caballero, si volvia á Inglaterra; he confiado en vuestra palabra real, y he dejado la Alemania, donde nada tenia que temer; ahora vedme aqui desarmado, en vuestro palacio, entre vuestras manos, y no teniendo mas defensa contra el mas poderoso rey de la cristiandad que el juramento que me ha hecho.

— Tranquilizaos, dijo Eduardo, pues por mas odiosa y horrible que me sea vuestra presencia, no habeis en vano confiado en mi palabra, y saldréis de este palacio tan libre como si no tuviérais manchadas vuestras manos en la sangre de un rey, y como si este rey no fuera mi padre; pero es con una condicion, y esta vos la sabeis.

— Estoy pronto á cumplirla.

— ¿No me ocultaréis nada?

— Nada... ni la menor circunstancia.

— ¿Me daréis todas las pruebas que sean necesarias, sean cuales fueren las personas á quienes ellas comprometan?

— Os las daré...

— ¡Está bien! dijo el rey dando un suspiro.

Despues de un instante de silencio, apoyando sus codos sobre la mesa que tenia delante, y dejando caer su cabeza entre sus manos añadió:

— Podeis empezar, ya os escucho, Maltravers.

— Creo que vuestra alteza sabrá ya una parte de las cosas que voy á decirle.

— Os engañais, respondió Eduardo sin mudar de actitud; un rey no sabe nada, porque está siempre rodeado de personas interesadas en ocultarle la verdad; ved ahí el porqué he escogido un hombre que espero no ha de engañarme y que ha de decírmela.

— Y mejor que ningun otro, señor, pues he estado veinte y siete años cumplidos al servicio de la reina vuestra madre. Al principio entré en calidad de paje y despues fuí su secretario, y tan fielmente desempeñé un servicio como el otro.

— Sí, murmuró Eduardo con voz tan sorda que apenas se pudo oír; sí, sé que la habeis sido fiel, ya como paje, ya como secretario y aun mucho mas como verdugo.

— ¡Ah! señor, decidme. ¿Porqué época debo empezar?

— Desde el día que entrásteis en su servicio, contestó Eduardo.

— Este fué en 1312, un año antes de vuestro nacimiento; hacia cuatro que habia sido puesta por el rey de Francia, que la acompañó hasta Bolonia, en las reales manos de vuestro padre: la Inglaterra la recibió como á un ángel salvador, pues todos esperaban en esta divina jóven, por mas tierna y débil que fuera, la caída de Gaveston, favorito entonces del rey vuestro padre, y que era aun mas rey que él mismo.

— Sí, sí ya sé todo eso, dijo vivamente Eduardo, adelante.

— Pero se engañaron, porque Gaveston fué el que

siempre mereció la confianza del rey. Entonces la última esperanza de la nobleza se desvaneció; y los barones, viendo que no obtendrían nada del rey vuestro padre mas que por la fuerza, volvieron sus armas contra él, y no lo despojaron del trono porque entonces les entregó á Gaveston; y este pasó de sus manos á las del verdugo. Despues de esta ejecucion vinisteis vos al mundo, señor, se creyó que, gracias al hijo que vuestra madre le habia dado, tomaria alguna influencia con su esposo. Esperanzas mal fundadas. Hugo Spencer habia ya sucedido á Gaveston en la amistad de vuestro augusto padre. Vos habeis conocido á este jóven y sabeis cuál era su arrogancia. No tardó nada en seguir las mismas huellas que su antecesor, y prescindiendo de todo respeto para con la reina, la despojó del condado de Cornuailles, que ella habia heredado para sus expensas personales; y vuestra augusta madre, desesperada ya, me hizo escribir al rey Carlos el Noble, su hermano, que no era mas que una infeliz sirvienta en el palacio de su esposo. Hacia esta época grandes desavenencias se alzaron por los de la Guyena, entre la Francia y la Inglaterra. La reina ofreció á su marido atravesar el mar y mediar entre él y el rey su hermano, y vuestro padre consintió fácilmente. La reina halló á vuestro tio ya prevenido por la carta que ella le habia escrito, y además le contó todo lo que él ignoraba aun. Entonces no guardó mas consecuencias, y buscando un pretexto para declararle la guerra, requirió al rey Eduardo II viniera á rendirle homenaje en persona como á su señor feudal. Spencer conoció prontamente que era perdido de todos modos: perdido si acompañaba á Eduardo, y lo mismo si llegaba á

caer en poder del rey de Francia; ó si se quedaba en Inglaterra, ¿quien lo habia de librar de la ira de los barones durante el viaje del rey? Entonces propuso á vuestro padre que le diera un expediente que podia salvarlo y el cual fué la causa de su caída; este fué el de cederos la soberanía de la Guyena, á vos monseñor, enviaros á prestar juramento en lugar del rey vuestro padre.

— ¡Ah! interrumpió Eduardo, ved ahí el porqué él cometió esa falta que yo no habia podido comprender jamás en un político tan bueno. Continudad, pues ya veo que me decís la verdad.

— Necesitaba todo ese valor, monseñor, para seguir; pues he llegado á una época...

Maltravers vaciló.

— Sí, sé lo que quereis decirme; quereis hablar de Rogerio de Mortimer.

Yo lo hallaba cerca de mi madre cuando llegamos á París, y aunque era aun muy niño, no dejaba de reconocer la intimidad que reinaba entre él y la reina. Ahora decidme, pues vos solo podeis sacarme de esta duda, ¿esta intimidad habia nacido en París ó en Inglaterra?

— Habia nacido en Inglaterra, monseñor y esta fué la verdadera causa del destierro de Mortimer.

— Bien, dijo el Rey; seguid, ya os escucho.

— No fuisteis vos, señor, el solo hombre que conoció esta intimidad, pues el obispo de Exeter, que os habia conducido con la reina, avisó á su vuelta á Londres al rey Eduardo de lo que pasaba; el rey escribió á la reina se viniese sin pérdida de tiempo, y os dirigió una carta invitándoos que dejarais á vuestra madre y volviérais á Inglaterra.

— Yo no la he recibido, interrumpió Eduardo, y ved ahí la primera vez que he oído hablar de eso, pues mi padre solo podía haberme dicho esta circunstancia, y la reina me prohibió visitarlo en su prisión.

— Esta carta fué interceptada por Mortimer.

— ¡ El desgraciado! murmuró Eduardo.

— La reina respondió con un manifiesto, en el cual decia que no volvería á Inglaterra hasta que Hugo Spencer fuera expulsado del consejo y de la presencia del rey.

— ¿ Quién extendió ese manifiesto?

— Yo mismo; me fué dictado por Mortimer, pero en presencia de la reina y del conde de Kent. Esto produjo en Londres el efecto que era de esperar: los barones malcontentos se reunieron á la reina y á vos.

— ¡ A mí! ¡ á mí! ¡ ah! harto conocieran que yo no era mas que un pobre niño ignorante de lo que pasaba y de este modo explotaban con mi inocencia; porque, maldígame Dios, si alguna vez he conspirado contra mi padre.

— Durante estos acontecimientos el rey Carlos el Noble, que preparaba los socorros de hombres y de dinero que habia prometido, vió llegar á su corte á Teobaldo de Chatillon, obispo de Saintes. Era portador de una bula del papa Juan XXII, que ocupaba entonces la santa silla de Aviñon; el contenido de la bula era sin duda redactado por el mismo Spencer, porque ella mandaba expresamente al rey Carlos, so pena de excomunion, el que volviera á Inglaterra á su hermana y á su sobrino. Desde entonces vuestro tío, no solamente temió el anatema, sino que pro-

metió al obispo de Saintes que cumpliria el mandato del pontífice sin pérdida de tiempo, poniendo á la reina y á vuestra alteza en manos del favorito de vuestro padre. Pero vuestra madre fué avisada con tiempo...

— Sí, por Roberto de Artois sin duda, pues cuando desterraron, ese fué el mérito que hizo valer principalmente para que le concediese la hospitalidad.

— Y no os mintiera, señor, la reina aterrorizada no sabia á quien pedir el socorro que su hermano le negara; el conde Roberto de Artois fué el que le aconsejó que huyese al imperio, y le dijo que hallaria allí gran número de nobles señores valientes y leales, entre ellos el conde Guillermo de Hainaut, y el caballero de Beaumont, su hermano. La reina escuchó este aviso, y partió aquella misma noche dirigiéndose al Hainaut.

— Si, me acuerdo de nuestra llegada al castillo del caballero Eustaquio de Aubrecicourt, y del grandioso recibimiento que tuvimos en él; si la ocasion se presenta, yo lo indemnizaré. Fué en su casa donde vi la misma noche y por la primera vez á mi tío Juan de Hainaut, que vino á ofrecer sus servicios á la reina, y nos condujo al castillo de su hermano Guillermo, donde volví á encontrar á su hija Felipa, que pasado algun tiempo debia de ser mi esposa. Pasemos rápidamente todos estos pormenores; pues me recuerdan nuestra partida de la ensenada de Dordrecht, cuando una tempestad nos acometió, y arrojó nuestro navío fuera de su rumbo y nos puso, el viernes 26 de setiembre de 1326, en el puerto de Herewich, donde los barones se juntaron muy pronto,

siendo el primero que vino á nosotros el conde Enrique de Lancastre, el del pescuezo tuerto; sí, sí, sé todavía mas; desde nuestra entrada triunfal en Bristol hasta al arresto de mi padre, que si mal no recuerdo, fué en la abadia de Neath, en el condado de Gales, por el mismo Enrique de Lancastre; solamente ignoro si es verdad, como se ha dicho, que fué conducido ante mi madre.

— No, monseñor; se le condujo directamente al castillo de Kenilworth, que le pertenecia, pues de lo que vuestra madre se ocupara era de vuestra coronacion.

— ¡Oh! todo eso ignoraba yo entonces; á fe mia que lo que me hacian creer era que mi padre estaba libre, que espontáneamente renunciaba al trono de Inglaterra, cansado y fatigado de los negocios; y mientras tanto juraba yo no aceptarlo mientras él viviera; entonces me entregaron el acta de abdicacion en mi favor, yo recoucí la mano que la habia trazado, y cedí como á un mandato suyo; yo no sabia que mi padre se habia desmayado dos veces al escribirla. Sí, todavía aun lo ignoraba todo, por mi vida; todo, hasta la decision del parlamento, que declaraba á mi pobre padre inútil para reinar, decision que le fué leida, segun me han dicho despues, en su misma prision por el audaz Guillermo Trussel. Le arrancaron la corona de su cabeza para ponerla sobre la mia, y se me dijo que él me la daba libre y voluntariamente como á su hijo muy amado, mientras él puede ser que me maldijera como á traidor y usurpador. Decidme por Dios, vos habeis estado largo tiempo cerca de él, ¿le habeis oido decir alguna vez cosa semejante? Yo os conjuro á responderme

como si respondierais á Dios; ¿llegó alguna vez á maldecirme?

— Nunca, señor, nunca: al contrario, se conceptuaba dichoso de que el parlamento le hubiera despojado del trono, y que vos le hubiéseis sucedido.

— Está bien; ved ahí unas palabras que me alegran en algun tanto el corazon. Continúad pues, Maltravers.

— Entonces, señor, aun erais menor de edad, por lo cual se nombró á la reina regente de Inglaterra.

— Sí, entonces me enviaron á hacer la guerra á los Escoceses, que me hicieron correr de montaña en montaña sin que pudiera darles alcance; y á mi vuelta se me dijo que mi padre habia muerto; por lo demás yo no sé nada de lo que pasó en mi ausencia. Yo no conocia todavía los detalles que precedieron á su muerte: decidme pues todo, vos que debeis saberlo; porque vos y Gurnay fuisteis los que buscaron á mi padre en Kenilworth, y los que no lo habeis dejado hasta su última hora.

UNA SENTENCIA DE TEOLOGO

Maltravers vaciló un instante en responder. El rey lo miró, y viendo que palidecía y que un copioso sudor le corría por la frente, le dijo:

— Vamos, vamos, continuad, hablad, ya sabéis que no teneis nada que temer; pues os he dado mi palabra. Por otra parte, Gurnay ha pagado por vos y por él.

— ¿Gurnay? dijo Maltravers temblando.

— ¡Oh! sí. ¿No sabéis que lo he hecho prender en Marsella, y que no he esperado que llegase á Inglaterra para hacerle ahorcar como á un perro asesino?

— No, señor, no sabia eso; murmuró Maltravers apoyándose contra la pared.

— Pero no he hallado nada en sus papeles, y entonces he pensado que seriais vos quien hubiera guardado las órdenes; pues vos habeis debido reci-

birlas; la idea de crímenes semejantes no nace sino en la cabeza de aquellos que deben aprovecharse de su ejecución.

— Tambien las tengo, señor, y las he conservado hasta el último momento como garantías de salvacion ó de venganza.

— ¡Las teneis! ¿y las traeis con vos?

— Si, monseñor.

— ¿Y me las daréis?

— Al instante.

— Está bien... Acordaos que os he ofrecido vuestra vida con la condicion de que me lo digais todo: tranquilizaos pues, y decidmelo sin ocultar nada.

— Apenas hubisteis partido con vuestro ejército, señor, continuó Maltravers con voz alterada todavía, pero mas calmada, cuando nos escogieron á Gurnay y á mí para ir á prender á vuestro padre en Kenilworth. Nosotros hallamos allí la orden de conducirlo á Cork; y no estuvo entretanto mas que unos dias en aquel castillo, del cual fué trasladado á Bristol, y de allí á Berkley, en el condado de Clancerber. Llegado allí, se le dejó bajo la salvaguardia del gobernador del castillo; pero nosotros jamás nos desviamos de él para cumplir las instrucciones que habiamos recibido.

— ¿Y estas instrucciones cuáles eran? preguntó Eduardo con una voz que se alteraba por momentos.

— El hacer que el prisionero se suicidase por no poder sufrir el maltrato que le diéramos.

— ¿Esta orden se os participó en algun pliego? exclamó el rey.

— No señor, fué verbal.

— Cuidado, Maltravers, con aventurar datos que no podáis probarme.

— Señor, me habeis dicho que os diga la verdad, y ella es la que os refiero.

— Y quién... (Eduardo se detuvo.) ¿Quién os diera esa órden?

— Rogerio Mortimer.

— ¡Ah! exclamó Eduardo respirando.

— Pero el rey soportó todo con tanta dulzura y paciencia, que nos pareció á nosotros algunas veces imposible que este valor no fuera sino hijo de su presunta ruina.

— ¡Infortunado padre! murmuró Eduardo.

— Por último, señor, nuestro maltrato, en vez de desesperarlo, lo hacia mas resignado y sufrido: viendo que se engañaban en sus esperanzas, recibimos una mañana de parte del obispo de Herefort una órden...

— ¿Y la traeis? preguntó con viveza Eduardo.

— Vedla aquí, monseñor.

A estas palabras, Maltravers presentó al rey un pergamino en el cual estaba estampado el sello del obispo; Eduardo lo desdobló lentamente con mano trémula y vacilante.

— ¿Pero cómo habeis podido obedecer las órdenes de un obispo? ¿cuando el rey estaba ausente y la reina era regente, todos gobernaban menos yo, y todos tenian derecho de muerte, cuando era yo solo el que lo tenia?...

— Leed, señor, dijo friamente Maltravers.

Eduardo leyó una sola línea del pergamino de las que habia escritas y le bastó para reconocer la mano que las habia trazado.

— ¡La firma de la reina! exclamó Eduardo estremeciéndose.

— Sí, la firma de la reina, continuó Maltravers; y yo bien la conocia, pues aunque no era ya su paje, continuaba siendo su secretario.

— Pero... pero, continuó Eduardo volviendo á leer la órden, no veo aquí nada que haya podido autorizaros á cometer un asesinato; al contrario, la defensa es formal á mi parecer: « EDWARDUM OCCIDERE NOLITE TIMERE BONUM EST; » que quiere decir: « BUENO ES TEMER EL NO MATAR A EDUARDO. »

— Sí, porque vuestro amor filial supone la vírgula que decide del sentido de la frase, despues de la palabra NOLITE; pero la vírgula falta, y como nosotros conociamos los secretos deseos de la regente y de su favorito, comprendimos que dicha vírgula debia ser puesta despues de la palabra TIMERE, y entonces dice: BUENO ES NO TEMER EL MATAR A EDUARDO.

— ¡Oh! murmuró Eduardo entre dientes y con la frente cubierta de sudor, ¡oh! enviando semejante órden pensaron que el crimen cambiaria de interpretacion; no obstante esto es infame. ¿Que se juegue así con las existencias reales, valiéndose de semejante sofisma? Ved ahí la sentencia de un Teólogo. ¡Oh Dios mio! ¿sabeis lo que pasa en vuestra Iglesia?...

— Para nosotros, señor, la órden era formal, y obedecimos.

— Pero ¿cómo ó de qué manera? pues yo mismo vine un dia despues de la muerte de mi padre; el cuerpo estaba aun sobre su lecho de respeto; lo hice revestir de las vestimentas reales, y buscaba por todo su cuerpo la traza de una muerte violenta, pues su-

ponia que aquel crimen era de familia; no hallé nada, absolutamente nada. Conque así, Maltravers, decidlo todo, estais perdonado, y aunque yo deba morir de dolor al escuchar semejante relacion, decidlo todo, yo lo quiero; estoy tranquilo y fuerte, veamos.

Y al decir estas palabras, se volvió hacia Maltravers, dando á su rostro una apariencia de calma, y fijando sus ojos sobre los del asesino: este trató de obedecer: pero á la primera palabra le faltó el valor.

— ¡Perdonadme, señor, en nombre del cielo!... el que os refiera estos pormenores. Yo os devuelvo vuestra palabra real; vos no me habeis prometido nada, hacedme conducir al cadalso.

— Te he dicho que queria saberlo todo, respondió Eduardo, y así sirvete continuar sin necesidad de que te haga mas preguntas. Si callas, me serviré de la tortura para que hables... aunque creo que no habrá necesidad de emplear unos medios tan violentos.

— Entonces apartad los ojos de mí, monseñor: tenéis tanta semejanza á vuestro padre, que creo verdaderamente, cuando me mirais y me preguntais así, que es vuestro mismo padre que sale de la tumba para pedir venganza.

Eduardo volvió la cabeza, y dejó caer su frente entre las manos, diciendo con voz sorda:

— ¡Está bien, hablad ahora!

— El dia 21 de setiembre por la mañana, continuó Maltravers, entramos en su cámara, como de costumbre; pero fuera que se lo daba el corazon, sea que la emocion de nuestros rostros, en los cuales venia estampada la traidora accion que íbamos á cometer, el rey dió un grito de sorpresa al vernos;

despues arrojándose de su lecho cayó de rodillas, y juntando las manos nos dijo con voz ahogada por los sollozos y con violencia:

— « ¡Oh! ¿vosotros me mataréis sin permitirme antes que me reconcilie con un sacerdote? »

Entonces cerramos la puerta.

— ¡Sin concederle siquiera un sacerdote! exclamó Eduardo; ¡sin concederle á un rey que tiene derecho á mandar y que no obstante os lo rogaba, lo que se concede al último criminal! ¡Oh! ¡pero esto no estaba en vuestras instrucciones! y sobre todo en vuestra órden se os decia que matarais el cuerpo pero no el alma.

— Un sacerdote lo hubiera descubierto todo, monseñor, pues el rey nunca hubiera dejado de decirle que se confesaba en peligro de muerte y que estábamos allí para asesinarlo. Vos veis que en la órden de matarlo venia contenida la de que fuese sin confesion.

— ¡Oh! murmuró Eduardo, levantando las manos al cielo. ¡Ah! ¡Dios mio! ¿habeis condenado jamás á un hijo á oír contar por el asesino de su padre semejantes horrores de su madre? ¡Acabad, acabad, pues mi valor agoniza y mis fuerzas se agotan!...

— Nosotros no le respondimos: nos apoderamos de él, lo echamos sobre su lecho, y mientras que yo le tapaba la cara con una almohada, Gurnay (os juro que fué Gurnay, señor), Gurnay le metió por el ano un hierro ardiendo, con el cual le quemó todas las entrañas.

Eduardo dió un grito, se levantó de golpe, y mirando asombrado á Maltravers, exclamó:

— Déjame que te mire, desdichado, que me ase-

guré bien de que eres un hombre. Sí, he ahí por mi alma un rostro humano, un cuerpo humano, una apariencia humana. ¡Oh! demonio, medio tigre y medio serpiente, ¿quién te ha permitido tomar así la semejanza del hombre que es la imagen de Dios?

— La idea del crimen no era original nuestra, señor... era sí de...

— ¡Silencio! exclamó Eduardo poniéndole una mano en la boca, ó tu cabeza paga; no quiero saber de quién era. Escucha, te he prometido la vida, te la doy, ya tienes cumplida mi palabra; pero préstame atención y oye lo que voy á decirte. Desde aquí en adelante, á la menor palabra que salga de tus labios, á la menor indiscrecion de tu parte sobre los amores de la reina y de Rogerio, á la mas leve acusacion de complicidad de mi madre en este horrible asesinato, te juro por mi palabra real, que bien sabes sé observar, que el nuevo crimen será pagado de modo que hagan lenguas de él los siglos venideros. Así pues olvidalo todo: que el pasado no sea para ti sino un sueño calenturiento que se desvanece al mismo tiempo que el delirio que lo ha causado. El que reclama el trono de Francia por derechos de su madre, debe tener una madre, que sea inocente y pura... Una madre de la cual no se pudiese sospechar nada, pues por mas débil que sea, como mujer, no debe cometer los crímenes del demonio.

— Yo os juro guardar el secreto, monseñor. Ahora ¿qué quereis de mí?

— Que esteis pronto á acompañarme al castillo de Redinge, donde está la reina.

— La reina... ¿vuestra madre?

— Sí, ¿no estás acostumbrado á servirla? ¿no está

ella acostumbrada á mandarte?... Yo te he buscado un nuevo empleo en su casa.

— Estoy á vuestras órdenes, señor; haced de mí lo que querais.

— Vuestras obligaciones serán fáciles de cumplir: se concretarán solamente á no dejar nunca pasar á mi madre de la puerta del castillo, del cual seréis gobernador.

A esta palabra, Eduardo salió haciendo seña á Maltravers para que lo siguiese.

En la puerta del palacio halló al conde Juan de Hainaut y á Roberto de Artois que le esperaban. Los dos se admiraron de la horrible palidez del rey; pero como marchaba con paso firme y montó á caballo sin necesidad de que nadie le ayudase, no se atrevieron á hacerle ninguna pregunta, y se contentaron con seguirle al paso corto de sus cabalgaduras. Maltravers y sus dos guardias venian detrás á alguna distancia. La pequeña cabalgata siguió silenciosamente por la orilla del Támesis, y atravesando á Windsor, pronto descubrieron las altas torres del castillo de Redinge.

Estaba prisionera en una de las cámaras de este castillo, desde la ejecucion de Rogerio de Mortimer, la reina Isabel de Francia, viuda de Eduardo II de Inglaterra. Dos veces en el año, y en dos épocas fijas, el rey venia á visitarla. El temor de la madre fué grande cuando la puerta de la cámara se abrió y anunciaron á su hijo, en una época que él no tenia costumbre de presentarse ante ella.

La reina se levantó temblorosa y quiso venir ante Eduardo; pero á la mitad del camino las fuerzas le faltaron hasta el punto de tenerse que apoyar sobre

un sitial: al mismo momento el rey apareció acompañado de los condes Jean de Hainaut y Roberto de Artois. Él dió algunos pasos hácia su madre, que le tendió la mano; pero Eduardo sin tomarla se inclinó ante ella. Entonces la reina, juntando todo su valor y esforzándose para sonreír, le dijo:

— Mi querido señor, ¿á qué buen pensamiento filial debo la dicha de vuestra visita, en unos momentos que menos la esperaba?

— Al deseo que tenia de reparar mis faltas hácia vos, señora, dijo Eduardo con voz sorda y sin levantar los ojos; yo os habia supuesto mil errores, mil faltas y mil crímenes. La voz pública os acusaba, señora, sin que felizmente hubiera contra vos otras pruebas mas que las hablillas del vulgo, pero hoy, hoy mismo he adquirido la conviccion de vuestra inocencia.

La reina vaciló.

— Sí, señora, continuó Eduardo, la conviccion plena y entera, y he traído conmigo á vuestros antiguos amigos y caballeros Juan de Hainaut y al conde Roberto de Artois, á fin de que ellos estuviesen presentes á la pública retractacion que voy á hacer de mis pasados yerros hácia vos.

La reina miró con esquivéz á los dos caballeros que, silenciosos y estupefactos, asistian á aquella escena: despues se volvió hácia Eduardo, que continuó con el mismo acento y los ojos bajos siempre:

— Desde hoy el castillo de Redinge no es ya una prision, sino una residencia real. Tendréis, señora, como en otros tiempos, pajes y damas de honor y un secretario; seréis tratada como se debe á la viuda del rey Eduardo II y madre de Eduardo III, y en fin,

como la augusta hermana del difunto rey Carlos el Noble, y como poseedora de los derechos incontestables á la corona de Francia.

— ¿Es un sueño lo que me pasa? dijo la reina; ¿puedo creer en tanta dicha?

— No, señora, no es sueño, es realidad, y como última prueba voy á presentaros el gobernador que he escogido para que guarde vuestra sagrada persona. Entrad, caballero de Maltravers, dijo Eduardo.

El caballero apareció. La reina dió un grito y se cubrió los ojos con sus manos, como si hubiera visto á un espectro.

— ¿Qué teneis, señora? dijo Eduardo, creia haceros un favor con traer os uno de vuestros antiguos servidores; ¿este hombre no ha sido á un tiempo vuestro paje y vuestro secretario? ¿no fué él confidente de todos vuestros pensamientos, y no podrá desempeñar aun el de guardar vuestra persona, y responder de vuestra inocencia como vos misma?

— ¡Oh! ¡oh! ¡Dios mio! si quereis hacerme morir, matadme al punto, monseñor.

— ¡Yo! ¿pensar en mataros, señora? al contrario, quiero que vivais largo tiempo; y la prueba es la orden que he dejado en manos del gobernador Maltravers: leedla, señora... leedla.

La reina puso los ojos en el pergamino firmado con el sello real, y leyó en voz baja: ISABELLAM OCCIDERE NOLITE; TIMERE BONUM EST.

A esta última palabra dió un grito y cayó desmayada en el sitial. Los dos caballeros dieron algunos pasos hácia la reina para socorrerla; pero Eduardo se fué hácia Maltravers, y le dijo:

— Gobernador, ahí teneis vuestras instrucciones.

Esta vez conoceréis que son positivas. BUENO ES TEMER EL MATAR A ISABEL... Partamos, caballeros, continuó Eduardo; es menester que estemos en Londres antes que amanezca. Cuento con vosotros para proclamar la inocencia de mi madre.

Al decir estas palabras, salió seguido de Juan de Hainaut y Roberto de Artois, dejando á la reina que empezaba ya á volver en sí, encontrándose á solas con su antiguo secretario.

Nuestros lectores se admirarán quizá de este rasgo de clemencia del rey Eduardo III, mucho mas raro sobre todo en un momento en el que habia adquirido la prueba del crimen, del cual su padre habia sido víctima; pero la política era mas poderosa que la convicción, y habia comprendido que en la hora en que iba á reclamar el trono de Francia por derechos de su madre, debia ser Isabel tratada como reina y no como prisionera.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

▼

LOS EMBAJADORES

Al dia siguiente á la noche en que sucedieron estos acontecimientos que ya habemos referido, salieron tres embajadores de Londres; el primero se dirigió hácia Valenciennes, el segundo á Lieja, y el tercero á Gante. La primera embajada tenia por jefes á Pedro Guillermo de Montaignu conde de Salisbury, y á Juan de Hainaut, señor de Beaumont, é iba dirigida á Guillermo de Hainaut, suegro de Eduardo III.

La segunda se componia de los señores Enrique-obispo de Lincoln, y de Guillermo de Clinton, conde de Huntington; esta embajada iba dirigida á Adolfo de Lamark, obispo de Lieja. A estas dos embajadas seguian multitud de caballeros, de pajes y de criados, iban dignas en fin del poder y esplendor del rey que iban encargadas de representar, pues constaba cada una de mas de cincuenta personas.

29997